# SEGUNDA PARTE.

## EL CALABOZO.

### I.

### Amel y Penhor.

Dícese que algunas veces, cuando el viento de Noroeste labra profundamente las tierras de la bahía, el ojo perspicaz del marinero descubre misterios singulares entre los montes é islas de Chassey.

Se ven aldeas enteras sepultadas bajo las olas; aldeas con sus cabañas y el campanario de su iglesia; aldeas cuyos nombres son Bougneuf, Tommen, San Estéban de Paluel, San Luis, Mauny, Epiniac, La Feillette y otras muchas aldeas anegadas, cuyos pálidos cadáveres yacen en la arena con los restos de los náufragos y los abultados troncos del bosque de Scyssy.



El Océano ha invertido siglos enteros en su lucha sin tregua contra la pobre tierra de Bretaña. El Océano, vencedor, descansa ahora en el campo de batalla.

Y no es solo la tradicion la que ha conservado el recuerdo de estos combates mortales. Los archivos de las familias y de los monasterios, los de las ciudades y los empolvados legajos de los escribanos, contienen una multitud de documentos auténticos, que prueban los derechos de propiedad sobre aquellas posesiones difuntas, sobre aquellas tierras siempre sumergidas.

Algun pobre que corre por el camino con su palo y su morral al hombro, posee bajo aquellos grandes lagos un patrimonio digno de un príncipe. Castillos, praderas, bosques frondosos, alegres molinos que antes hacian sonar sus ruedas en la orilla de los rios; cabañas pacíficas, cuya lejana columna de humo hacia que el cansado viajero apresurase el paso.

Los buques pasan ahora á velas desplegadas á cien piés por encima de aquellas moradas hospitalarias. El mar ha extendido sobre el castillo y la choza, sobre el corpulento roble y la endeble caña, su nivel terrible, que es la muerte. Imágen sombría y profética, que explica al hombre Titan lo poco que vale su audacia; burla inmensa de las ironias del siglo, que muestra el sudario como la única y postrera expresion de la soñada igualdad.....

Por toda la extension de la costa de Granville hasta el Cabo Jichel, detrás de Saint-Maló, el mar conquistador ha llevado sus estériles arenas sobre la opulencia fecunda de los campos.

En tal ó cual punto ha quedado en pié una roca, alzando su negra cabeza sobre las olas, y conservando su antiguo nombre de feudo, castillo ó aldea; porque la tierra tiene tambien sus huesos como nosotros, y la montaña que ha muerto deja en pos de sí un esqueleto de piedra. Los pescadores de Saint-Maló echan sus redes sobre las hermosas praderas de Cesambre, y el

sitio austero en que Chateaubriand ha querido que se ponga su sepulcro, el Gran Bee, era antiguamente el centro de un jardin magnífico.

Nadie podria decir exactamente el tiempo que ha tardado el mar en cubrir aquellas comarcas. La lucha estaba comenzada antes de la era cristiana. Sabido es que los bosques drúidicos se extienden á ocho ó diez leguas mas allá de nuestras costas.

Mas tarde, el bosque de Scissy plantó sus álamos y robles en las rocas de Chausey.

En aquel tiempo, el Couesnon era un gran rio, al que Tolomeo y Amiano Marcelino confunden con el Sena.

Ese Couesnon pantanoso, ese Couesnon ceniciento, ese rio loco que se extravia en las playas como una pescadora ébria, era un rio orgulloso, señor y soberano del Schine y del Sel, que le llevaban el tributo de sus aguas. Su embocadura estaba mas allá de las montañas de Chausey, que forman ahora un archipiélago. Pasaba entonces por la derecha del Monte San Miguel, á lo largo de la costa actual de la Mancha.

Mucho tiempo despues fué cuando hizo su primera travesura, saltando del Este al Oeste, y arrebatando el Monte á la Bretaña para dárselo á la Normandía.

. . . . . .

Penhor, hija de Bud, era mujer de Amel, pastor de los rebaños de Anan.

Anan era señor y conde en el Chezé, mas allá del monte Tombelene.

Tenia su castillo en medio de siete aldeas que le suministraban la hueste cuando llevaba á campaña sus hombres de armas.

Una de estas aldeas se llamaba Saint-Vinol. Amel y Penhor tenian allí su morada.

Penhor contaba diez y ocho años de edad. Amel iba á cumplir los veinte y cinco.



Ambos eran huérfanos, y se amaban con esa vehemencia de las personas que no tienen familia.

Penhor era hermosa como un rayo del sol de primavera. Si hubiese querido, su rubia cabellera hubiera podido servirla de manto.

La mirada de sus ojos azules penetraba hasta el fondo del corazon.

Amel era alto, esbelto y robusto. En un invierno en que el lobo listado de Chezé habia salido del bosque para buscar su alimento en la llanura, Amel se acostó en esta para aguardar al lobo. Estos lobos listados son mayores que potros de seis meses. Matan á los caballos y se beben la sangre de los bueyes dormidos.

Estos lobos listados no huyen delante del hombre. La punta de las saetas no puede atravesar su pellejo. Si se les hiere con venablo, este se rompe en la mano.

Amel cogió al lobo listado entre sus brazos nervudos, y lo ahogó.

Pero Amel, antes de ir á esperar al lobo, habia colgado en la iglesia de la aldea, bajo el nicho en que se sonreia la buena Virgen, un copo de fina lana, redondeado por las hermosas manos de Penhor.

La Virgen de Saint-Vinol era rica. Amontonábanse anualmente á sus piés las ofrendas, porque la gente del país creia rescatar sus pecados con lino, haces de trigo, ó hermosas frutas maduras. ¡Y solo Dios sabe cuántos pecados tenian que rescatar! Los pecados no se rescatan mas que con el arrepentimiento y la penitencia.

Amel y Penhor no tenian hijos.

Cuando Amel guardaba los rebaños y Penhor se quedaba sola en su cuarto, esta se entristecia, y decia para sí:

—Si yo tuviera un lindo querubin sobre mis rodillas, que

fuese el vivo retrato de su padre, aguardaria alegramente el regreso de Amel.

Amel, mientras guardaba los rebaños de su señor, pensaba:

—Si Penhor me diese un hermoso niño, que fuese su vivo retrato, ¡cuánto júbilo y esperanza!

Eran buenos cristianos. Sus pecados no aumentaban mucho la cuenta de la gente de Saint-Vinol.

—¡Penhor! querida esposa, dijo Amel, teje un velo para Santa María, madre de Dios, y quizás tendremos un hijo.

Penhor tejió un velo para Santa María, madre de Dios. Un velo hermoso, blanco como la nieve y mas trasparente que la leve nieblecilla de las tardes de agosto. Esto agradó á la madre de Dios. Amel y Penhor tuvieron un niño, y se amaron mas todavía junto á la cuna.

Cuando el niño tuvo nueve dias, y Penhor se hubo levantado de la cama, Amel cogió la cuna en sus brazos para llevar el niño á bautizar.

Recibido el bautismo, Penhor levantó la cuna á su vez, dió vuelta á la iglesia, y se dirigió al altar de la Vírgen.

—¡María! ¡Oh, Santa María! dijo arrodillada, el niño que me has dado te le devuelvo; que crezca consagrado á tu color divino. Mírale, Santa María, se llama Raul, como el padre de su padre. Mírale, á fin de que le conozcas en el dia del peligro.

Amel contestó:

—¡Así sea!

El color de María es azul celeste.

El niño Raul creció bajo esta piadosa librea.

Era hermoso, vivaracho, con la rubia cabellera de su madre, y los ojos negros de Amel, el valiente pastor.

No se sabe si seria por culpa de los pecados de la gente de Saint-Vinol; pero es lo cierto que una noche, ¡noche de inmensa desgracia, cielo santo! el agua del Couesnon se hinchó



como la leche hirviente que salta de los bordes de la vasija. El viento soplaba del Noroeste, la lluvia caia á torrentes y temblaba la tierra. La llanura estaba cubierta de agua.

Cuando llegó la mañana se vió que el Couesnon desbordado era el mar.

El mar que habia roto las barreras puestas por la mano de Dios.

Llegaba imponente con olas enormes, y acarreando en sus aguas bosques arrancados en las playas, y cadáveres de reses. La iglesia de Saint-Vinol está situada en una eminencia.

Las gentes de la aldea se refugiaron en ella.

Amel y Penhor, que habian llevado consigo á su hijo, se quedaron en la puerta, porque ya no habia sitio en la nave.

El agua subia..... subia.....

Amel cogió á su mujer en brazos. El agua le llegaba á la cintura y dijo:

—¡Adios, querida esposa mia! sostente sobre mí, y quizás el agua se detendrá. Si muero y te salvas, todo irá bien.

Penhor obedeció.

Y el agua seguia subiendo.

Cuando el agua llegó á la cintura de Penhor, alzó al niño Raul, diciéndole:

—Adios, hijo querido; sostente sobre mí, que quizás el agua se detenga. Si muero y tú te salvas, todo irá bien.

El niño hizo lo que decia su madre.

El agua seguia subiendo.

Muy luego no quedó fuera de las olas encolerizadas mas que la rubia cabeza del niño Raul y un pedazo de su vestido azul que flotaba.

Ahora bien, la Vírgen de la iglesia de Saint-Vinol abandonaba en aquel momento su nicho sumergido con el fin de volar al cielo. Se llevaba en la mano todas sus ofrendas.

Al pasar por encima del cementerio vió la cabeza del niño Raul y un pedazo de su vestido azul.

La Vírgen detuvo su vuelo y dijo :

—Ese niño es mio, quiero llevársele á Dios.

Le cogió por su rubia cabellera. El niño era pesado, muy pesado, para tener un cuerpo tan pequeño.

La Vírgen Santísima se vió obligada á soltar las ofrendas, una por una, y á hacer uso de las dos manos.

Cuando hubo soltado las ofrendas, el lino, las flores y las frutas maduras, pudo levantar al niño.

Luego vió por qué Raul era tan pesado. La madre le sujetaba con sus dedos moribundos y crispados. El padre, con sus moribundos y crispados dedos, sujetaba á la madre.

¡ Oh santo amor de las familias !

La Vírgen se sonrió y dijo :

—¡ Mucho se amaban !

¡ Se llevó al padre con la madre, y á esta con el hijo, tres almas venturosas en la eternidad de Dios !

Cuéntase esta historia como sucedida entre San Jorge y Cherrueix.

¡ Amaos en la familia, que la Vírgen María os asistirá á la hora de vuestra muerte !

. . . . . .

El monte Tombelene es mas extenso y menos elevado que su ilustre vecino el Monte San Miguel.

En aquella época, segun cuenta la historia, las tropas de Francisco de Bretaña habian conseguido desalojar á los ingleses de las fortificaciones que durante tanto tiempo estuvieron molestando al Monte San Miguel. Estas fortificaciones estaban arrasadas en su mayor parte. Ya nadie habia en Tombelene.

En cuanto á la cuestion de saber si este monte debe su nombre á Júpiter, ó á la interesante víctima del gigante llegado de



España, Elena, la sobrina de Hoel, las opiniones son muy distintas. La novela de Brut, modelo de los poemas caballerescos, asigna al monte Tombelene esta última etimología; porque Artus encontró allí el sepulcro de la sobrina de Hoel, deshonrada é inmolada por el pérfido gigante español, el monte se llama Tombelene, *Tumba-Helenæ*. Los escritores y los anticuarios pretenden, por el contrario, que Tombelene procede de *Tumba-Beleni*. Hay que dejar á los anticuarios y á los historiadores el placer de desarrollar sus tésis respectivas.

Lo cierto es que Tombelene tiene su crónica, como el Monte San Miguel; solo que es mas antigua.

Tombelene estaba moribundo cuando San Auberto fué á fundar la gloria del Monte San Miguel.

En el peñon de Tombelene, entre las ruinas de las fortificaciones inglesas, era donde Mr. Hue de Maurever habia encontrado un asilo despues del emplazamiento ante el tribunal de Dios, hecho en la basílica del monasterio.

Nunca se dijo cómo se habia proporcionado Hue de Maurever el hábito de fraile, ni tampoco cómo habia obtenido entrada en el coro en el momento de la absolucion. Por último, fué muy difícil acertar á explicarse cómo habia podido Hue de Maurever desaparecer delante de tantas miradas, subir por las escaleras de la galería y huir por aquella via tan peligrosa. Habia huido; esto no era dudoso; y el procurador, el abad, el prior, los monjes, y todas las autoridades del monasterio, se habian puesto á disposicion del príncipe breton para buscar al fugitivo. Meloir registró en aquel mismo dia todos los rincones de los edificios claustrales, todas las casas de la ciudad, y todas las cavidades de la roca.

¡ Trabajo inútil ! la aventura habia de concluir misteriosamente, como habia comenzado.

Sin embargo, preciso será decir que si Meloir hubiera bus-

cado mejor todavía, no habria regresado con las manos vacías al lado de su señor, porque Mr. Hue de Maurever estaba muy léjos de ser un duende.

En el espolon occidental del Monte existia una capillita que habia sido restaurada y que se halla colocada hoy, como estaba entonces, bajo la advocacion de San Auberto.

Esta capilla se halla completamente aislada.

Hue de Maurever se habia ocultado en ella, detrás del altar. Cuando llegó la noche, atravesó la playa que separa á ambos montes, y se fué á Tombelene.

## II.

### El hambre.

Era el interior de una torre desamparada, que formaba el extremo de las fortificaciones inglesas por la parte opuesta al Monte San Miguel.

Ya no tenia techado.

Los rayos de la luna herian oblícuamente la parte superior de las murallas, y no podian bajar hasta el patio encajonado entre estas, aunque sus reflejos lo iluminaban con una claridad confusa y vaga.

En el patio habia una piedra cubierta con yerba arrancada de los mezquinos pastos de Tombelene. Sobre la piedra estaba sentado un anciano de elevada estatura, que dormia con la espada entre las piernas.



Delante de él habia dos saeteras estropeadas por las balas y las flechas de todas clases. Una daba á la playa, y la otra al Monte San Miguel.

El anciano, que era Mr Hue de Maurever, caballero, señor de Roz, de la Limosna y de San Juan de las Playas, se apoyaba de espaldas en la misma muralla de la torre. Tenia la cabeza descubierta, y los reflejos que caian de arriba daban un color plateado á la masa de su cabellera canosa. Su barba larga, y blanca tambien, le bajaba hasta el pecho.

Se sostenia muy derecho.

En aquellas tinieblas vagamente iluminadas, cualquiera hubiera creido ver la estátua de un caballero esculpida en el granito negro, y cuyos contornos superiores sobresalian blanqueados por la nieve.

Era en la misma noche en que hemos visto cruzar á la Hada de las playas desde el castillo de San Juan hasta el calabozo de Aubry de Kergariou, situado bajo los cimientos del monasterio.

El cielo estaba puro.

Apenas un leve soplo de la brisa rizaba el mar en su reflujo.

No se oia ruido alguno mas que las olas murmuradoras que lamian la playa.

El sueño del anciano era tranquilo.

Habian trascurrido las horas de la noche y muy luego los reflejos de la luna comenzaron á palidecer. El crepúsculo de la mañana envió su claridad gris y lívida que parece hundir las mejillas y sepultar mas aun los ojos en la sombra de sus órbitas.

El rostro del anciano se iluminó poco á poco. Era hermoso, noble y austero. Pero habia sufrimiento en aquellas líneas tan pronunciadas. Las facciones eran duras, por razon de lo descarnado del rostro; las arrugas eran profundas.